

Juan Goytisolo

El exiliado de aquí y allá

La vida póstuma
del Monstruo del Sentier

Galaxia Gutenberg

En el Más Acá

Al despedir el duelo de algún conocido del barrio, el peluquero italiano de la esquina —a quien procuraba evitar por su verborrea y constante recurso a verdades de Perogrullo— solía comentar con la risilla de quien se cree agudo:

«La otra vida debe de ser muy buena ¿no cree? ¡Nadie, que yo sepa, ha querido volver a ésta!»

Pero el patriota de Forza Italia se equivocaba de medio a medio pues, aun hecho trizas, quiso regresar al planeta en el que un terrorista activó la carga explosiva disimulada en el forro de su gabardina y le despachó con su libro al Más Acá. Se encontró de golpe en un cibercafé desierto con miles (¿millones?) de ordenadores y sus correspondientes mesillas y asientos. Un panel gigante, que se encendía y apagaba, repetía incansablemente un mensaje: UNIVERSO VIRTUAL. No sabía a qué atenerse ni lo que se esperaba de él, y vagó así en el vacío de un espacio infinito hasta que, agotado, se sentó frente a uno de los te-

clados y se vio retratado en la pantalla, con su sombrero y gafas ahumadas, con la etiqueta de El Monstruo del Sentier.

¿Qué cabía hacer sino explorar las posibilidades que le procuraban los datos e informaciones de la galaxia electrónica y su vasto abanico de programas para todos los gustos y edades? La memoria anterior había sido sustituida por una nueva, con la que podría jugar, pese a su ineptitud y torpeza, al hilo de los correos que recibía. Empezó así a intercambiar mensajes –sus cáusticas divagaciones y fantasías– con visibles o anónimos internautas a quienes les bastaba pulsar las teclas indicadoras de `monstruosentier@hotmail.com` para entrar en contacto con él, atraídos quizá por el extremismo pueril y la escasa fiabilidad de unos escritos que tú, sufrido lector, podrás juzgar por ti mismo.

Sus primeros pasos

El astuto lector se preguntará cómo un desmañado como él, incapaz de abrir un paraguas o de dar cuerda a un reloj, puede navegar por su ordenador y entrar en contacto con el mundo del que salió despedido y con la nebulosa de astros del Más Acá.

La muerte no es como la piensas, querido colega: tarde o temprano lo comprobarás. Lo mismo puedes encontrarte en un cibercafé del tamaño de un estadio olímpico como flotando en la ingravidez del espacio, atrapado sin remedio en un atasco en la indeseable compañía de un taxista madrileño –cuyo monólogo sobre derechos humanos escucharás más tarde, avanzado ya el libro–, o encapsulado en el minicerebro de un chorlito con aires de profesor.

¿Fantasías mías? Ven, rompe la débil membrana que nos separa y verás con tus ojos virtuales al chorlito, la inefable vecina de piso del fallecido Monstruo del Sentier. Escúchala, escéptico amigo, mientras prodiga perlas de sabiduría por su pico

corto y recto, y agita su cuerpo rechoncho y su plumaje multicolor.

«¡Ya se lo había dicho mil veces! ¡Están en todas partes como los microbios de una epidemia! Roban y trapichean con drogas para financiar sus atentados. Acabo de recibir la convocatoria para una marcha patriótica y quisiera que participara conmigo en ella. ¡Si no empleamos el arma nuclear en sus países de origen, estamos perdidos: nos aniquilarán!»

Imposible taparse los oídos, hermano del alma: carece de ellos. Los rumores del tiempo llegan a su espíritu sin recurrir a los sentidos. El éter lo abarca todo, incluso aquella insignificante conversación.

Blanqueos

¿Quién concede credibilidad a las palabras de un muerto? El improbable lector de estas líneas las despacharía con un encogimiento de hombros y las arrojaría de un vuelo a la papelera. Pero, créanme, sería un error.

Al cruzar la frágil membrana que nos separa del Más Acá, nos transmutamos sin dejar de ser nosotros mismos, contemplamos a distancia nuestra Tierra minúscula y la tasamos en su exiguo valor. Sentado frente a su ordenador, el Monstruo repasa mensajes y anuncios de cuando corría el tiempo, misteriosamente filtrados a su página web con contraseña de acceso:

Paséate en hedor de multitud con tu modelo de limusina especialmente diseñado para ti y para la crème Chantilly del planeta.

Contacta con la base de la Fuerza Aérea de Wright en Dayton, Ohio. La oferta te interesará.

Como la lista de propuestas es larga, el difunto se anima a redactar a su vez un correo para un destinatario desconocido, pero afín, imagina, a sus ideas subversivas y destemplado humor:

Si el amor al Espíritu Santo blanquea las almas, ¿por qué el Banco que lleva su nombre no blanquearía el dinero? Si estás de acuerdo con ello, entra en contacto con nosotros y envíanos tus ahorros. El Paráclito los hará fructificar.

No habituado aún a la velocidad del ciberespacio, nuestro exiguo héroe recibe al punto, con admirativa sorpresa, una larga epístola o, por mejor decir, sermón. Para desdicha suya, el texto está en latín y sólo saca en claro la firma del internauta: un enigmático Monseñor.

Nostalgia del Más Allá

Inevitablemente, volvía a merodear por el barrio. Nadie parecía reconocerle ni se detenía a saludarle y a hablarle del tiempo. Procuraba alejarse de su domicilio a fin de evitar un encuentro intempestivo con los vecinos. Se sabía no obstante filmado por infinitas cámaras de vigilancia. Aunque su figura no respondía al perfil del terrorista tipo difundido por los medios informativos, sus gafas y su excéntrica gabardina, impropia de una mañana soleada, de temperatura veraniega, despertaban quizá las sospechas de los Servicios de Inteligencia. Se sentaba en un café cercano al arco de Ludovico Magno y encendía un porro. Sin tomarle siquiera el pedido, el camarero le señalaba el cartelito indicativo de la prohibición de fumar en el interior del establecimiento y, entre avergonzado y confuso, arrojaba la colilla al suelo. Su proverbial torpeza le delataba. Bajaba por la boca del metro más próximo, adquiría un billete en la taquilla y, tras consultar con fin-

gido interés el plano, desistía de repetir una vez más su habitual trayecto hacia zonas promiscuas, potencialmente conflictivas, y subía de nuevo a la acera atestada del bulevar. Trataba de despistar a sus eventuales seguidores y repetía el antiguo itinerario del héroe de *La educación sentimental*, convertido de pronto en el cuartel general del ultramediático presidente de la República. Conminado a alejarse por su imponente servicio de orden, volvía sobre sus pasos hasta dar inesperadamente con un filósofo de mayo del 68, de grisácea y ondeante cabellera, envuelto en su aureola de consejero áulico.

Lo dijo Guy Debord

¡Pronto! ¡Al plató! ¡Se me ha ocurrido una idea!
¡Necesito exponerla ante las cámaras, acaparar la atención de los medios con una multitudinaria conferencia de prensa! ¿Cómo trabar el hilo de mis reflexiones si nadie me escucha, si nadie me contempla? ¡Las pilas de mi cerebro se descargan, dejan de funcionar! ¿Quién puede hablar en el vacío, lucir la fuerza apodíctica de su inteligencia sin el contacto estimulante del público? La imagen de mi persona, proyectada en tiempo real, aviva la brillantez y la energía de mi discurso. Atento a los consejos de mi asesor, apoyo el mentón en la palma de la mano y me sumerjo en una breve, pero luminosa meditación. La asistencia virtual retiene el aliento. Cavilo, argumento, convengo. Soy una mezcla de Sócrates, Nietzsche y Pat Robertson.

Ya no tienes excusa para renunciar a lo mejor

Los internautas que se asomaban a la pantalla le abrumaban, como sin duda le abrumas tú, indignado lector, con toda clase de reproches a sus manías y obsesiones, a la egoísta estrechez de su mundo, a una vocación de rompesuelas ceñida a las querencias del barrio, a la falta de curiosidad por un universo ancho y ajeno, en suma, a su agobiadora rutina y lamentable cortedad. ¿Por qué siempre los mismos trayectos, las mismas callejas y plazuelas, los mismos paisajes grises reiterados hasta la saciedad? ¿Ignoraba acaso la existencia de enriquecedoras alternativas al alcance de quien quisiera y dispusiera de medios? ¡Bastaba ponerse en contacto con cualquier agencia de viajes promocionada en la Red y consultar las ofertas expuestas en sus folletos miríficos! ¿Por qué no un crucero por el Báltico con paradas en Estocolmo, San Petersburgo y Riga? ¿O un recorrido por el Mare Nórstrum, con la posibilidad de una visita guiada al Coliseo romano, al Par-

tenón de Atenas, a las sublimes ruinas de Cartago? O, si ello no le atraía, a causa de su zafio desinterés por la cives hanseática y el glorioso patrimonio grecolatino, ¿por qué no un safari por Kenia o una aventura fluvial por la selva amazónica? Bali, Machu Picchu y el Yucatán podían tentarle también. O quizás un circuito por la Patagonia y el remoto Antártico. Las ofertas se sucedían en la pantalla y los precios de ensueño bailaban en su pobre y atribulada cabeza. ¡Un cinco estrellas con jardines, piscinas y pistas de pádel! ¡Un camarote doble, niño incluido, con vistas costeras de Chipre, Túnez y Egipto! ¡Un palacio de las mil y una noches en Tarudant o Uarzazat! Pero todo resbalaba por un cerebro anquilosado, convencido como estaba de la inutilidad de moverse de sitio. Pensaba en Nerval, en Flaubert y en su camarada de juergas Máxime Du Camp. ¡La educación por el viaje, la apertura al Otro, el diálogo entre culturas! Decidió al fin vendarse los ojos y escoger al azar. La suerte, conjeturaba, le conduciría por el buen camino.

El turismo os hará libres

En recepción le entregaron un folleto bilingüe con las normas de seguridad aconsejables a los huéspedes extranjeros que se aventuraban por la capital.

Cambie las divisas en la sucursal bancaria del hotel y no salga a la calle sino con lo estrictamente necesario.

Deposite el dinero y las tarjetas de crédito en la caja fuerte a disposición de la clientela y no los deje nunca en la habitación.

Cierre ésta con doble pestillo y no abra la puerta a nadie que no haya anunciado previamente su visita.

Coja el taxi indicado por el portero y señale a éste el punto de destino a fin de que lo anote en su registro junto al número de matrícula del vehículo.

Avise con el móvil si observa algo anormal en el comportamiento del chófer, y siga las instrucciones del conserje.

Decidió ir a una tienda de armas y procurarse un pequeño equipo de autodefensa: aerosoles paralizantes, puño americano, un cuchillo de Scout.

De esta forma podría sentirse seguro en los taxis. Pero luego pensó que sería más sencillo alquilar un automóvil para sus desplazamientos por el perímetro urbano: monumentos, restaurantes, museos. La segunda página del folleto le disuadió de ello.

Ándese con cuidado. Hay dos técnicas muy comunes en la ciudad: tirar una moto, bici, carrito o persona bajo el coche del extranjero detenido en un semáforo o señal de alto y acusar de atropello al atónito conductor: gran remolino de gente, griterío, alboroto, etcétera; o bien imponer multas de tráfico por infracciones inexistentes, bajo la amenaza de visitar durante unas horas la comisaría del barrio.

Pensó entonces que era prudente alejarse de aquella temible capital y disfrutar de los paisajes del campo: una opción que, no obstante, según las recomendaciones del folleto, podría ser arriesgada.

Las carreteras del país son peligrosas: las buenas, por las frecuentísimas imprudencias y temeridades de los conductores; las malas, por su trazado y falta de señalización. El tráfico es particularmente desaconsejado de noche, ya que se dan casos en los que se obstaculiza la autovía para obligar al coche a parar y

asaltar a sus ocupantes. Sobre todo, no acepte ni a autoestopistas ni a presuntos amigos: suelen ser portadores de droga de los narcotraficantes que subvencionan a los grupos terroristas. Unos kilómetros después se topará casualmente con el alto de la policía y el previsible chantaje del proceso y la cárcel.

¿Qué diablos podía hacer durante su visita? ¿Comer, beber y dar unos pasos por los alrededores del hotel? Tampoco. Las instrucciones eran precisas:

Cuidado con lo que coma y beba. Lave bien las frutas, ensaladas y verduras. Pida agua embotellada y exija que se la den precintada. Mucha atención a los puestos callejeros con platos típicos y a los encuentros fortuitos. Extreme la higiene personal. El sida, la malaria y las enfermedades venéreas abundan.

Se resignó a permanecer en el hotel con la habitación atrancada. Quería regresar de inmediato a su país pero el billete cerrado se lo impedía. ¡Una semana entera en aquel infierno promocionado y, para colmo, con página web!

Cadáver no ecológico

Había seguido en la pantalla del ciber la rebelión de las barriadas –quema de coches, contenedores volcados, pintadas ofensivas, metecos en cólera–, preludio de la enérgica intervención de las fuerzas del orden con cachiporras, mangas de riego, gases lacrimógenos, balas de caucho. Dados los antecedentes del sujeto del que nos ocupamos, el cándido lector creerá que se regocijaba de ello, pero no es así. Le invadía, por el contrario, una difusa sensación de temor: la de ser acusado de la autoría intelectual de los hechos. ¿No había imaginado todo eso en las páginas de su desmañado manuscrito? Sus contactos con extremistas de todo pelaje podían ser rastreados por cualquier asiduo de los cibercafés y denunciados a la radio de los obispos y de los serafines del cielo. Le consolaba tan sólo la idea de la involuntaria confidencialidad del libro. Evocaba la lejana entrevista con el editor y su argumentación impecable. Aquel irremediable disparate no podía

interesar sino a media docena de chiflados como él, atraídos de forma enfermiza por sus fantasías y absurdidades. ¿Por qué no escribía historias como las que enganchan al público y se encaramaba de una vez al palmarés de los campeones de ventas? ¡Una novela de acción y suspense, con mafias, sectas esotéricas, rituales secretos, profecías apocalípticas! Todo ello sazonado con odios ancestrales y sexo, ¡mucho sexo! En vez de ser un don nadie, podría arrasar, firmar miles y miles de ejemplares, alcanzar la riqueza y la gloria de quienes saben ganarse el corazón del lector.

Palabras sabias, pero tardías. El Monstruo ha muerto y, cadáver no ecológico, cría malvas en algún oscuro y remoto cementerio de imposible localización. En cuanto a su doble del Más Acá, el lector sabe a qué atenerse. La vida no le enseñó nada: sigue confundiendo cuervos con cabras, y cosecha los laureles de un merecido silencio y reprobación.

Correos basura

A los once meses apreciaba los ejercicios de solfeo. A sus tres añitos descubría su precoz afición al ballet clásico y patinaje artístico. A los cuatro, ensayaba su coreografía de *El lago de los cisnes* e interpretaba con gracia su papel principal. Poco después conquistó los favores del público en un concurso televisivo con unos fandangos y soleares que dieron la vuelta al mundo y le granjearon un reconocimiento internacional. Había memorizado entre tanto *Le petit prince* y creado su propio grupo de baile. A los siete recién cumplidos, tú, el asiduo de las comisarías, te apostaste a la salida de la Escuela de Arte Dramático y mostraste lo tuyo a sus inocentes alumnos.

«¡Miren qué cosa tan larga tengo! ¿Alguno quiere tocármela?»

Sin dudar un instante, el angelito se ofreció voluntario.

¿Te acuerdas, colega?

(Firmado: Monseñor).

Conviértete en pirata informático sin necesidad de ser viudo de un ojo y guardar luto con una venda negra. Nosotros te procuraremos las claves de acceso a los centros de poder mediático a fin de infectarlos con un virus mortífero imposible de detectar. Aguarda ante tu ordenador las instrucciones del alto mando. Nuestras tibias y calaveras no son las de los filmes de aventuras sino el símbolo de la destrucción final del Sistema. Tu contribución puede ser esencial.

(Firmado: Los Virtuosos Violentos)

¿Entiendes? ¡Claro que entiendes! ¡Te gusta la Intrusa entre las nalgas! Soñabas en tocar el piano y acabaste tocando otra cosa más consistente y recia. Nuestros servicios te filmaron en compañía de tres agentes secretos y grabaron todas y cada una de tus insidias y aseveraciones mendaces contra nuestro amado Bienhechor.

(Anónimo)

Preguntas, preguntas y más preguntas

Las demandas explicativas o aclaratorias del Mas Acá se acumulaban en su buzón hasta atascarlo. ¿Era un mundo real o irreal, abstracto o material, sutil o craso?

Pero las inquietudes filosóficas de algunos interlocutores se perdían en una maraña de elucubraciones forjadas por la interpretación literal de los Textos Sagrados: ¿había visto el manzano en cuya sabrosa fruta hincó el diente Adán a instancias de su costilla?; ¿follado gratis con vírgenes de pechos blanquísimos y de negra y abundante cabellera?; ¿entrevistado a los ángeles rescatados por el Señor de su arriesgada misión en el Eje o, mejor dicho, el Ojo del Mal, tan codiciado por los procaces y viciosos sodomitas?

Otros correos se limitaban, por último, a exponer las fantasías de sus corresponsales en el Más Allá –no el suyo, el de ellos–, calcadas de Las Vegas, Terra Mítica o Disneylandia: ¡parques temáticos con pirámides egipcias, templos budistas, estatuas

romanas, acuarios, zoos, toboganes acuáticos y hasta un trenecito entoldado conducido por un Mickey Mouse con un gorrito de lana!

El difunto vecino del Sentier no se siente con fuerzas para afrontar la estupidez. La humanidad le asquea. Aprovechando la optativa facultad de penetrar en el interior de su mente aturdida, confiaremos nuestro primer descubrimiento al lector: su sueño de ingresar en una organización radical y de perpetrar atentados mortíferos.

Diseño: Josep Bagà

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)/
Galaxia Gutenberg
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es
www.galaxiagutenberg.com
1 3 5 7 9 8 0 0 7 8 6 4 2

© Juan Goytisolo, 2008

© Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2008

Depósito legal: B. 27061-2008

Fotocomposición: punt groc & associats, s. a., Barcelona

Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica

N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts

Barcelona, 2008. Impreso en España

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-3173-1

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-764-1

N.º 44974